

La mundial

José Blanco Pazos, alcalde de Negreira, ha dado permiso a los empleados municipales durante el tiempo que duran los partidos que la selección española está disputando en el mundial. Si España no gana el mundial, ha dicho el alcalde, los empleados municipales deberán recuperar el tiempo (se supone que perdido, como el de Proust) que dedican al bienestar de los vecinos de su pueblo, mientras que si España gana el mundial los empleados municipales no tendrán que recuperar el tiempo, pues debe suponerse que en ese caso los vecinos de su pueblo bastante tienen con el bienestar de ser campeones del mundo.

José Blanco Pazos, alcalde de Negreira, no es culpable de que cientos de jóvenes rusos hayan quemados varios restaurantes de comida japonesa ni apaleado en Moscú a cuanto bicho viviente fuera bajito y tuviera los ojos rasgados después de que la selección de su país perdiera con la japonesa. Tampoco tiene culpa de que los aficionados del Tenerife se liaran a golpes con algunos de los jugadores de su equipo, ni de que un aficionado del Betis bombardeara con cohetes el graderío donde estaban los aficionados del Sevilla, ni de que los hinchas del Feyenoord arrasaran su ciudad después de ganar su equipo la copa de la UEFA (he dicho bien, después de ganar), algo parecido a lo que hicieron en Madrid algunos hinchas madridistas después de ganar *la Novena*, ni de que en las favelas se desespere la gente y hasta suicide cuando pierde un partido el equipo de Brasil, ni de que cada uno de los partidos de las últimas jornadas de la liga española en los que los equipos se jugaban algo hayan acabado en auténticas batallas campales, con piedras, con petardos, con fuego, con cohetes.

José Blanco Pazos, alcalde de Negreira, no tiene la culpa de que no pocos jugadores de fútbol ganen en España cientos o miles de millones de pesetas ni de que los jugadores de la selección española vayan a cobrar 480.000 euros (80 millones de pesetas) si la selección española gana el mundial, lo que ocurriría poco después de la celebración de una huelga general en la que, entre otras demandas, se pide la persistencia de un subsidio de 200.000 pesetas anuales para decenas de miles de jornaleros agrícolas, ni tiene culpa de que los clubes de fútbol se gasten el dinero que no tienen, ni de que ayuntamientos como el de Jaén pongan del presupuesto municipal millones de euros con el argumento de que pasea el nombre de la ciudad para sostener un equipo que los aficionados son incapaces de sostener (muchos aficionados se creen

que los dineros que ponen los ayuntamientos no se los sacan a ellos o no los quitan de otras atenciones).

José Blanco Pazos, alcalde de Negreira, no es culpable de que a los aficionados nos hayan hurtado el fútbol y, en general, el deporte de las televisiones en abierto, ni de que el mundo se divida en grupos tan atávicos y tan feroces como las tribus primitivas (los del Madrid y los del Barcelona, los del Sevilla y los del Betis, los del Oviedo y los del Gijón), ni es culpable de que cientos de periodistas atosiguen a los nuevos ídolos de nuestro tiempo para mostrarnos qué comen, cómo visten, cuántas veces respiraron por minuto, de qué color tenían los calzoncillos y si estaban limpios o no, o para hacerle dos mil veces al día la pregunta de qué piensas del partido de mañana, cuya respuesta (es un partido muy difícil, vamos a dar todo lo que tenemos dentro) se saben hasta las orejas del sillón de la salita.

José Blanco Pazos, alcalde de Negreira, no es culpable, bien lo sabe Dios, pero su decisión explica en parte la locura en que está metido el fútbol profesional.

Juan Bosco Castilla